

CUENTO DE PRIMAVERA EN JARDIN DE LOS ALTOS SAUCES RODRIGUEZ SANCHEZ

Concha,

Dormía el corazón de aquel viento cuando me adentré por vez en el patio que conducía a la puerta principal. Sentí como si toda mi niñez descansase en aquellas fuertes abúlicas del agua indecisa, exasperada de correr en un infinito suceder de portalón viejo al frente me indicaba que, a pesar de tanto tanta vida llevada al ritmo de una época marchita, nada habla El sol ya no calentaba y la tarde tranquila aseguraba un éxito de fiesta. Sin embargo, me desasosegaba la idea de comprobar que que veía y pronto iría descubriendo dentro de la casa me era extremadamente íntimo, sin que yo nunca hubiese estado allí.

* * *

Esperé a que fueran llegando los invitados sentado en un banco que miraba hacia el estanque; me sentía cansado y, aunque a reconocerlo, en cierta medida desilusionado ¿aquel jardín mortecina y convencional, su espíritu roído por una melancolía y nada original. Pero me era reconocible, sentía en mis ojos palabrada furia de la impotencia, su aburrida contradicción. Recordaba palabras de la niña al partir con mi maleta forrada de Vendrás te lo aseguro vendrás. Aquellas palabras no eran no tenían suficiente realidad en mi mundo... sin embargo las amasando a través de toda mi juventud, de todo mi amor agujereado, todo mi amor que fue virgen y un día se lanzó al

mar de una playa extraña: se suicidó aburrido. Vendrás te lo aseguro vendrás ¿cómo podía renegar de aquella niña que me ofreció su primer beso de mujer? No tenía derecho a insistir en ese torpe pensamiento que me obligaba a confesar, lleno de vergüenza, que todo no era más que un sueño.

Pero allí estaba el jardín inválido, lleno de vulgaridad, ansiando una muerte olvidada lejos del estrepitoso caos de una boda desconocida. Fue entonces cuando me acordé de la carta.

* * *

Me habían invitado a una misteriosa boda, sin más explicaciones que la dirección y la hora; la firma era ilegible pero no pude por menos que reconocer en ella la mano de una niña que había crecido con rapidez. Y no pude tampoco por menos que empezar a soñar en mi niñez desarraigada y perdida, una niñez de la que sólo recordaba su muerte a manos de una vieja prostituta un día de lluvia en un país cualquiera; y era esa niñez la que ahora reencontraba en un jardín que tenía sombras de belleza, fantasmas de una estética que quizá alguien rompió. Pero mis ojos no cejaban, impulsados por una fuerza sólo debida a la esperanza, buscaban en silencio la terminación de la obra; y yo me dije: falta algo, estoy convencido.

Los invitados llegaban con bastante retraso y aún no se habían encendido las luces del salón principal. Vendrás te lo aseguro vendrás.

* * *

Al fin lo descubrí. Sabía que no podía ser aquel jardín tan solo un solar cuadriculado y adornado con un gusto mediocre; allí, bordeando el lado derecho de la casa y adentrándose hacia el interior de un bosque que hasta ese momento no había descubierto, se encontraban los sauces. Altos, recubiertos del orgullo de saberse milenarios, desafiaban todo intento de profanación, de comprensión de su misión. No intenté contener la sonrisa y, por un instante, me sentí absoluto poseedor de la última verdad sobre aquel sentido de la perfección y la elegancia. Apagué el cigarrillo consumido entre los dedos y me levanté. Era ya de noche; comenzaban a oírse los primeros y más atrevidos grillos; aún eran pocos los invitados. Vendrás te lo aseguro vendrás.

* * *

Me interné por entre los recién revividos sauces y al fin hallé perdido en medio de su follaje turbulento y pesado; una extraña sensación: alguien me miraba. Tuve miedo de no poder regresar a la casa: la novia ya habría llegado. ¿Quién me invitaba? la novia, ¿por qué? la novia me invitaba: debía regresar, pero alguien me invitaba. Yo había aceptado la invitación para reconocer a la novia. Vendrás te lo aseguro vendrás. Seguí avanzando, un camino apenas visible me guiaba; cerré los ojos aparentando sufrir, porque sabía con total seguridad que alguien me miraba. Una sombra atravesó mis párpados, me arrodilló sobre una arena fina y húmeda; susurré: estoy aquí,

Cuando me atreví a mirar, la noche cubría con enorme oscuridad todo mi alrededor. Volví a tener miedo de no saber regresar: de no ver a la novia. Pero enfrente tenía unos ojos que me miraban impasiblemente. Lancé un grito de horror: los conocía, los amaba. Habían sido míos,

II

Recordé. Fui recomponiendo con extraordinaria precisión el año tras año, momento tras momento vivido con Vendrás te lo aseguro vendrás: y los ojos en punta ¿recriminando? con noche voraz, sedienta de pasión con la novia habría llegado. Yo arrodillado, soportando el desafío de sus pupilas, con el columpio rasgando el calor de una siesta lujuriosa: miraba sus labios, niña preciosa recién nacida a la adolescencia; puerto de mar agazapado entre sonrisas limpias: y golpe en la espalda... y correr. Yo arrodillado, suplicando quizá perdón. No molestan ya las faldas rojas. Y blancas, el arco iris riega el caserón derruido, y no te cojo porque tu piel invade mi tarde, luego el beso. La esperanza del encuentro... allá, dentro del mundo. Pero tú vendrás te lo aseguro vendrás, palpando sus mejillas, acariciando sus pechos aún sonrosados: robles de madrugada, original juego de libros deslizándose entre las espigas: con cama fría, doliéndote hasta extenderte hacia mí. Y los ojos ante yo arrodillado suplicando perdón.

* * *

Más fuerte y más duro, ateridos ambos en la línea divisoria de dos estampas, inculpándose pálidos: húmedos. No era aquel perfume: niña suave, olíamos la yerbabuena, yo en tus ojos mirando el mundo, como después tú en mí sintiendo miedo: mundo en estampas, cobijando el aguacero. Mañana será tarde: yo arrodillado en tu techumbre: tú

mirando la locura de una tarde; mundo desconocido ante la sorpresa de tu cuello terso, amando en el columpio el universo, despersonalizados ahora. Tus ojos sinceros, mi súplica incauta. Y la tormenta nuestra.

* * *

Desnudos: viento tarde en nuestra tarde que ya es noche. Alucinados un momento ¿quién se casa? ¿la novia habrá llegado? Besándote con labios blancos: tu barco descansa ya lejos. Tú que hubiera sido en mí: carta sellada. Igual que el jardín encendido, despavorido: incrédulo. Tus labios que besan como si no fuesen míos. Noche a los dos. Cuerpo sin nombre, junto a tu bordado en su momento aluminio, pero pesan los futuros: solos.

* * *

Nos levantamos llorando: en tu espuma habríamos sumergido la descendencia. Tú pensaste, te lo advertí. El cuerpo llega mustio. Agotado dirías en su momento no amarró nuestro vientre, lo descuartizó saboreando en lugar de su dicha majestuosa: en el preciso instante de su nacimiento. Mujer al fin: ya mujer que predispone el acto: cuerpo de mujer ciego: niña entonces; mujer ahora en tus pupilas ¿y ayer? tu espalda que lame en mí tu rostro, seco de ti, hacia el jardín: sauce que asfixia: ti; no es niña: mujer.

* * *

Mientras me introduzco Vendrás te lo aseguro vendrás: sólo sombra y pecho alto arrullando con ligereza hacia los músculos contraídos por el dolor sufriendo esperando la lengua limpia y sacude en la saliva de nadie tierra de sin nosotros con el corazón del viento dormido a tu pelo sedoso lubricado ahora gracias a mis manos que palpan tu orgullo por encima de mi hombro empotrado en el hueco de tu imagen de dos mundos imagen de ti en mi niñez en el instante que nos convulsionamos y muerdes mi piel para que siga mi ansia tratando de perforarte ahora vestidos revestidos del oro en tu para noche verde en labios blancos que escupen hacia mí que soy tu niñez equivocada aniquilada por ti ahora en mujer de cuerpo lleno de mujer para que yo deje de estar en la niñez que ya no puede ser mía columpiada lanzada al

espacio de hoy mío al saber tu nueva sangre despacio junto y conmigo
mi expulsión cálida en tu boca y en tu vientre Verte on el momento
instante de mi venida a tu palabra ahora inútil y deshecha por tu silencio
sobre nuestra realización.

* * *

Encontré el camino. Cuando regresé al patio percibí el jolgorio
que se desarrollaba entonces dentro de la casa, cientos de luces
iluminaban todo el entorno: un vestido blanco se deslizaba en el gran
salón en un vertiginoso baile ¿final? Rompí la carta tirando sus palabras
al estanque monótono: me espantó su rutina nada respetable, su
estética aburrida; necesité mirar los sauces que había dejado atrás, pero
apenas pude distinguirlos por culpa de las estrepitosas luces que de
todas las ventanas de la casa, volaban hacia afuera. Ruina de la memoria,
golpe de hachero: recordaba. Como si nunca hubiera ocurrido, amarilla
en su pensamiento roto y un cuadrado susurrante. Hacia la vorja
mientras llueve que comenzando atrape.

* * *

Doblé el último alibustre con el sabor ácido de los sueños
adosado en todo mi cuerpo: calor de tu cabello ahora y para siempre
oxidado. Perdona en tu nueva vida la niñez de un viejo: me dije alzando
la frente en señal de bienintencionada derrota, con polvo y días de
espera: miembro descuartizado en la rutina de silencios.

* * *

Versión infame de la voz cuando es sonido en sintagma tomado
al azar que más que hubiera en tu reproche caminando junto a la
bandera anunciadora de nuevo lecho en paz descansas corre despavo-
rida en inmediato huracán que requisaste donde pusiste tu dedo y
eyaculé mi placer sin tormenta desmentido todo mi ayer en esta hora
que para ti no existe más que en el encanto. Volviendo en el penúltimo
segundo de cuando te abracé y comenzaste el olvido excusado Tú mi
hermana fornicada adosada en bella torre de alquitrán de golpe y atrás
desvencijado con el grito que nunca más oiré de tus ojos llamando sin
lucidez en ya la noche fuera de nosotros sin embargo mi hermana Tú
imagen de dos mundos.



* * *

manido desdoblado por la enunciación coloreada que llega
en mi tensión cuando vuelvo la cabeza y no sé decirme la instantánea
del ocurrido inseguro a tus palabras lejanos los ojos.

POEMAS ALFREDO BUXAN

REMOTA URDIMBRE

Lo único aprendido es la rotura, la silla
desfondada, el tapiz viejo, la sal removida
de las llagas, la ceguera de los túneles
y la inmensa crueldad agazapada en los bosques.

Lo único aprendido es lo remoto: todo
duele como agonía, todo estéril
y callado purgándose en el tiempo
misteriosamente legado por qué mano invisible,
témpano de savia detenida, añico triste,
trazo entrevisto en la maleza
de la vida.

Rara siembra esta tregua
hermosa del amor, breve
como el sol y frágil como el tallo
de los caminos, hueso de sombra de las noches
sin consuelo, plenitud de la saliva
derramada en otra boca; verdor y páramo,
páramo de tristeza: amar
es ir a tientas: la cautela y la audacia
de los solitarios
desorientados en el riesgo de la noche,
vértigo de tumba y añagaza de dicha,
haz de alientos urdido en la penumbra de la sala.